

A black and white photograph of Bertolt Brecht, a man with short dark hair, wearing a suit jacket and a collared shirt. He is leaning forward, looking intently at a chessboard in front of him. His expression is one of deep concentration. The lighting is dramatic, with strong shadows on his face and the background. The chessboard and several pieces are visible in the foreground.

El antiBrecht

Pablo Molinet

Bertolt Brecht jugando ajedrez en 1948. (Fotografía: Nelly Peissachowitz / Pix Inc. / The LIFE Picture Collection / Getty Images)

E EN TODA CRIATURA HUMANA —es sabido— reside una pulsión agresora; algunas de esas criaturas la ponen al servicio de los poderes de este mundo, dirigiéndola contra otras, desamparadas, o bien específicamente designadas por tales poderes. Algunas la vuelcan contra sí mismas. Otras buscan transformarla. Otras más, como Bertolt Brecht, tornan su empuje agresor contra los poderes de este mundo.

Por eso es tan fácil, tan inercial, echar mano a los fierros —como queriendo pelear— cuando se lee a Brecht: eso es precisamente lo que él se propuso: discordia. (¿Cómo pensar en Brecht sin evocar a Martín Lutero? ¿Cómo concebir su teatro sin recordar el desafío de Wittenberg?). Y, si bien es imposible entender con la relevancia de su legado escénico, Internet muestra que la discusión sobre su poesía no parece sencilla de zanjarse: ¿es menor que su dramaturgia o se encuentra a la par de ésta? ¿Es autor de una resma de huera versificación propagandística o el poeta político de mayor calado en alemán? ¿Se le ha traducido bien o mal al español o al inglés? La crítica no obstante concuerda en tres hechos: el oído sagaz para los ritmos populares, la curiosa receptividad a la poesía china clásica, y —rasgo interesante en este decidido adversario del individualismo— la nutrida producción de textos personales, y más de cuatro líricos —sobre esto último volveré más adelante—.

“La incitación a la lucha es uno de los medios de seducción más eficaces del mal” (Kafka): me resisto tanto a alzar el puño izquierdo junto con Brecht como a blandir el puño derecho en contra suya y, al mismo tiempo, me pregunto si es posible deslizarse fuera de esa *rete* —esa red de reciarío—, el conflicto.

¿Se puede —se debe— leer *The Wreck of the Deutschland* sin fe? ¿Se debe —se puede— leer *Svedenborger Gedichte* sin convicción? ¿Qué tal que no? Pensemos un poema como el sitio de encuentro de la conciencia de quien lee y la de quien escribe, y consideremos indispensable que ambas dirijan su mirada en idéntica dirección para que el texto se cumpla. A pesar de que interpole la mediación de lo literario —lo estético, lo crítico, lo histórico—, una lectura

materialista/jacobina del padre Gerard Manley Hopkins, SJ, una creyente/conservadora del militante Brecht, serán vanos tormentos autoinfligidos para quien las emprenda. El poema ocurre sí y sólo sí el encuentro sucede.

Brecht y Hopkins constan, sí, en catálogos editoriales de poesía, se acude a ellos en busca de arte verbal —no de sustento político o doctrinal—, y se da por sentado, falaz o frívolamente, que quien busca ese arte es capaz, gracias a la cultura, de desembarazarse de sí y transitar a tal o cual otredad por el *high road* de la experiencia estética.

Si en el texto poético nos aguarda una otredad concreta —ya la de una monja jerónima forzada a sepultarse en vida en un convento, ya la de un tlatoani de Texcoco de pasado trágico—, sería oportuno reconocer que no se llega a ella atendiendo a tal o cual *syllabus*, sino mediante un ejercicio de autoprescindencia que es arduo —si no que imposible— para creyentes y militantes, pues militar o creer son actos que demandan el enjuiciamiento sumario de todo cuanto les es ajeno y enemigo.

Hay una presunción, cara al pensamiento artístico militante de la primera mitad del siglo pasado, de que todo texto, toda partitura, toda puesta en escena, toda tela reaccionaria y decadente debe derribarse para dar paso al arte nuevo del hombre nuevo. (Esa presunción, ¿es tan distante de la de Agustín de Hipona en su sospecha de que la belleza de la música podía fungir como engaño sensual y desvío del camino recto?).

“Bertolt Brecht es esencialmente el apóstol de una reacción contra el individualismo”, celebra H. R. Hays en un texto de 1945.¹ Justamente la piedra de tropiezo es el del albedrío individual. Si, en ejercicio de esta problemática facultad, no acepto el relato de la Resurrección, o el del origen de la propiedad privada, el Estado y la familia, todas las categorías y los baremos asociados con los evangelios o con Engels pierden sentido, por más de que un evangelizador cristiano me profetice la oscuridad eterna o un militante me cubra de epítetos terminados en *ista*.

No obstante, es mediante esa misma facultad que puedo intentar prescindir de mí para encontrarme con la vastedad de cuanto no soy ni comparto. Copio a continuación “O todos o ninguno” en la versión de Jesús López Pacheco y Vicente Romano.² Es un texto de los *Svedenborger Gedichte* —que incluye, entre otros textos notables, las “Preguntas de un obrero que lee”—, escritos durante el exilio escandinavo del poeta, y en cuya selección editorial intervino Walter Benjamin.

¹ “The Poetry of Bertolt Brecht”, *Poetry. A Magazine of Verse*, vol. lxxviii, no. 3, December 1945 <https://goo.gl/GFJkdK>

² *Poemas y canciones*, Alianza, 1967.

O todos o ninguno

Esclavo, ¿quién te liberará?
Los que están en la sima más honda
te verán, compañero,
tus gritos oirán.
Los esclavos te liberarán.

O todos o ninguno. O todo o nada.
Uno sólo no puede salvarse.
O los fusiles o las cadenas.
O todos o ninguno. O todo o nada.

Hambriento, ¿quién te alimentará?
Si tú quieres pan, ven con nosotros,
los que no lo tenemos.
Déjanos enseñarte el camino.
Los hambrientos te alimentarán.

O todos o ninguno. O todo o nada.
Uno sólo no puede salvarse.
O los fusiles o las cadenas.
O todos o ninguno. O todo o nada.

Vencido, ¿quién te puede vengar?
Tú que padeces heridas,
únete a los heridos.
Nosotros, compañero, aunque débiles,
nosotros te podemos vengar.

O todos o ninguno. O todo o nada.
Uno sólo no puede salvarse.
O los fusiles o las cadenas.
O todos o ninguno. O todo o nada.

Hombre perdido, ¿quién se arriesgará?
Aquel que ya no pueda soportar
su miseria, que se una a los que luchan
porque su día sea el de hoy
y no algún día que ha de llegar.

O todos o ninguno. O todo o nada.
Uno sólo no puede salvarse.
O los fusiles o las cadenas.
O todos o ninguno. O todo o nada.

La lectura es, como quiso su autor, didáctica y transparente: solidaridad combativa, conciencia de clase, llamado a la lucha. Pero el texto es extraordinariamente potente aún sin conocer —o compartir— sus premisas políticas. Salta a la vista la entente entre el dramaturgo y el poeta: el sentido de la acción conflictiva y la épica del primero, la pericia del segundo para la simetría y el reflejo, así como la elección de esa paradoja perturbadora: los esclavos que liberan, los hambrientos que alimentan, los débiles que vindican. Es un texto de calado shakesperiano, que toca las mismas cuerdas de exaltación y escalofrío que la arenga de Agincourt del *Enrique V* —un texto tan monárquico y britanista como la mismísima *Downton Abbey*—.

Ahora bien, este poema, como tantos otros de Brecht, es curiosamente anti-brechtiano; esas voces espectrales, desgarradas, pueden aproximarse a la lúgubre fantasmagoría romántica sin menoscabo de su intención primera.

“El problema es que mis poemas son el argumento más revelador contra mis piezas teatrales”, escribirá a Alfred Döblin, y si bien no vale emplear esta frase —muy temprana en la carrera de Brecht, y formulada con un sesgo irónico— para intentar invalidar su poderoso teatro político, el poeta Brecht prescinde del “distanciamiento brechtiano”, y se aparta con buena fortuna de la sobriedad y la objetividad fundamentales para sus piezas teatrales.

Con su teatro, Brecht atendía un imperativo social e histórico que juzgaba irrecusable. Con sus poemas, acaso atendiera uno distinto, más fincado en el *pathos* que en la razón crítica; más corporal y urgente. Su naturaleza es —*malgré tout*— poética a la vieja usanza; inexplicable, misteriosa, venida de otra parte. ▲▲